

vía en 1842, en la época mas feliz del teatro del Príncipe, en los buenos días de la literatura dramática, en nuestra dulce y dorada juventud! Nada hallamos cambiado en la actriz, y á cada momento se nos figuraba que iban á aparecer a su lado Latorre, Guzman, la inolvidable Llorente, el naturalísimo Fabiani, el joven Campos, todos esos actores que han desaparecido desde entonces acá de nuestra escena, y que no han tenido recompensa todavía. L. ipson era completa cuando miráramos junto á Matilde á Julian Romea y cuando el público los interrumpía con sus aplausos, confundiéndonos en una ovación misma!

Porque hé ahí lo que fué la fiesta de anoche; una grande, una inmensa, una continuada ovación!—Antes de que Matilde hubiese hablado habían flotado á sus piés lindos ramilletes, bellas coronas de flores, en medio de estrondosos aplausos. Después, á cada instante se multiplicaban estas, y se repetían las llamadas á la escena, y los gritos de aprobacion y entusiasmo.

En el acto cuarto de *Borrascas del corazón* la nuestra artista estuvo superior á todo elogio. ¡Qué sentimiento, qué ternura, qué pasión! ¡Qué modo de decir los versos! ¡Qué actitudes tan naturales y tan patéticas! ¡Qué gestos y qué inflexiones de voz!—Julian Romea se coloró tambien á la propia altura, y electrizó en el final al auditorio.—Luego, cuando este lo llamó una vez y otra, Matilde tuvo la galantería de presentarse con la señorita Hija, rasgo al que los espectadores dieron el precio que tenía.

En *La Pena del Talion* el triunfo fué igual, si no fué mayor todavía; cada frase, cada palabra eran interrumpidas con bravos y palmadas; nunca hemos visto á Matilde mas desenvuelta, mas picaresca, mas graciosa.

¡Diremos que, á pesar de lo avanzado de la hora en que concluyó la función, nadie abandonó su asiento hasta aquella terminada? ¡Diremos que aun hubo entonces nuevas llamadas y ovaciones nuevas?—Verdaderamente sería inútil.

Ademas, solo nos re-tan el tiempo y espacio precisos para enviar á Matilde nuestra sincera y leal felicitacion, y para felicitarla á nosotros mismos de entrarla otra vez en la escena de Madrid, que ella ha ilustrado con su arte y con su talento, y de la que es inestimable joya.

PEDRO FERNANDEZ.

La felicidad en la mujer.

(Conclusion.)

IV.

No correis ¡oh mujeres! no correis vuestras almas á ese hijo del cielo: los que dicen que en el mundo no hay mas que dolor, ofenden imprudentemente á Dios: él ha colocado la felicidad á nuestro alcance, y ha dispuesto que la mujer buena la consiga.

No deis entrada jamás á infundadas tristezas: no lloreis por pequeños contratiempos: las lágrimas de impaciencia excitan la cólera de Dios: las de afliccion caen todas en su mano, y los ángeles de nuestra guarda las convertirán en perlas para tejeros gloriosos diademas que os pondrán en el cielo.

Vosotras, jóvenes, que entráis en la carrera de la vida, decid todos los días:

—Dios mio, hágase en mi vuestra voluntad.

Y cuando algun infatigable entristezca vuestro espíritu, decid pacientemente:

—Dios lo quiere.

De este modo, jamás la tristeza hará su presa en vosotras: las palabras que os enseño son un fuertísimo escudo en todas las desgracias, en todas las pruebas de la vida, y el escudo de la ira háys desquiciado al oírlos.

Rezd, jóvenes, rezad todos los días, particularmente á Maria Santísima: vuestra belleza, vuestra juventud serán mas seductoras si se encama en vuestros corazones una sólida y afectuosa piedad: compadeced á esos pobres jóvenes que dicen que el rezar es antielegante, y nunca, os lo ruego encarecidamente nunca las tengais por amigas: nada hay mas bello, mas grande, mas poético que nuestra santa religion; es el primero y el último de los amores de la mujer; el mejor dicho, es la base de todos sus amores.

¡Jesucristo es la Encarnacion del amor sublime, silencioso, mártir de su propia grandeza: su Madre es la personificación de lo mas grande, puro y apasionado que existe.

Si tenéis por base de vuestra conducta la religion y el deseo de cumplir con todas vuestras obligaciones, seréis felices, y la apacible igualdad de vuestro carácter, reflejo de vuestra alma tranquila, hará tambien constantemente dichosos á cuantos os rodean.

El amor al trabajo es quizá lo que mas contribuye á hacernos felices, y un entendimiento alimentado con quiméricas visiones, ni por el tedio, esa fatal en-

fermedad, cáncer enconado de nuestra sociedad moderna en la cual todo se analiza y se desea constantemente el mas allá que pocas veces se llega á encontrar.

¡Ah! Escad mas allá es el cielo. Allí encontraremos la verdadera, la inmutable, la eterna felicidad. La que podemos gozar acá abajo la tenemos en nuestra mano, pues nos es dado lograrla con la paz exterior de una tranquila conciencia.

No pidais al mundo mas de lo que puede daros: no os creais, las que sabeis sentir, que sois seres privilegiados sobre todos los demas. No gimeis como desterrados en el seno de vuestra familia, de vuestros amigos; no tengais ambicion; perdonad las injurias; ejercitad la caridad; tened fe sincera: amad vuestros hogares; cuidad de las gracias que Dios os ha dado: sed templadas, dulces; modestas, dignas, madres cuidadosas, esposas ejemplares; tened esperanza en Dios oral con el corazón, y seréis felices, yo os lo aseguro, seréis felices.

V.

Hace poco tiempo lei en un periódico un artículo que se titulaba *La felicidad*, firmado por una mujer.

¡Pluguiese á Dios que jamás se hubieran fijado en él mis ojos! Dos cosas hallé en dicho artículo que lastimaron cruelmente mi corazón: una mujer descreída y un analisis impio de todas las obras, de todos los decretos del Supremo Juez.

Segun aquella desgraciada autora, todos los mortales y especialmente la mujer, hemos nacido tan solo para el llanto, para el sufrimiento, para la desesperacion; no tenemos una hora de placer, ni goce alguno: por todas partes el engaño y la desolacion y fantasmas horribles de un mundo poblado de malvados y de perversos habitadores.

¡Ah, no! Las que habeis leído ese artículo, no creais verdades sus desoladoras utopias. No; ¡la felicidad existe! La vida es buena y hermosa, llena de amor, de goces de ternura y embellecida con el sol, las flores y la luna que el Señor eterno nos ha dado. El que cuida del sustento de las miseras avecillas, el que se interesa y vela por la suerte del mas pequeño reptil, ¿criará á la mujer únicamente para llorar y sufrir? ¿A la mujer en cuyo seno tomó carne su Hijo? ¿A la mujer simbolizada en MARIA, gloria, delicia y hermosura del cielo?

Creedme, tiernas jóvenes que dais el primer paso en la carrera de la vida; creedme madres cuya fé vacila ante tan abyectos sofismas: el camino de la virtud es ancho y hermoso, y está sembrado de flores, de flores aromadas que deleitarán vuestros sentidos si tenéis fé y religion. ¿Qué son la devocion, el amor, la resignacion, sino flores de riquísimo perfume que hacen olvidar los abrojos que brotan tambien en el camino?

Que la mujer sufre es indorable. ¿Porqué sería poética y bella sino por el prestigio que ejerce su corona de espinas y por el canto de su debilidad?

Pero en cambio, la mujer que es buena se ve rodeada de amor y de purísima felicidad.

Adolescente, la recompensa de sus virtudes el contento de sus padres.

Esposa, el amor, la estimacion y la confianza de su esposo.

Madre, las tiernas caricias de sus hijos.

Anciana, el amor inocente de los nietecillos que acarician sus plateados cabellos y besan sus descarnadas manos.

¡Ah, si! La mujer, lejos de los fantasmas de la gloria, homo siempre; de su ambicion, que es la tortura, la sed hidrópica del alma; de la ciencia, eterno afán de muchas miserables existencias; la mujer, creada para los dulces goces del hogar, para el amor; para la vida íntima, tiene dos elementos de felicidad que el hombre, dominado por estas pasiones: su mision en el mundo es curar las heridas que dichas pasiones abren, y la que la cumple es indudable que dirá con orgullo:

¡No, es una quimera, no es un sueño la felicidad! La virtud nos la da en la tierra y Dios nos la guarda mas completa en el cielo, premiando en su bondad el que hayamos sabido alcanzarla, creyendo, esperando y amando.

La mujer que se queja de su suerte, comete una impietosa liturgia: el Supremo Hacedor la ha creado adorable por sus virtudes, angelical por su belleza, amable por su dulzura, é interesante por sus mismas debilidades.

Si hay felicidad, Pero casi siempre está entre las débiles manos de la mujer; si, como lo espero, llega el día venturoso en que todas las mujeres sean por su educacion lo que deben ser; si todas llenan la sublime mision que Dios y la naturaleza las han confiado; el hombre descreído gritará con fervido entusiasmo:

—¡Hay felicidad! ¡Dios es todo misericordioso!

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SECCION CIENTIFICA.

ESTIERCOLES.

MODO DE TRATARLOS.

El tratamiento de los abonos está, en general, descuidado por los cultivadores en pequeña escala, y entre tanto la abundancia de las cosechas y la riqueza del estiércol depende de la bondad del suelo. Son, pues, dignos de lástima aquellos que no ponen todo su conato en aumentar la fuerza del abono.

El estiércol, dice un hombre práctico, es el origen mas cierto y fecundo de la riqueza; cuanto mas estiércol, mas trigo se produce, mas forrajes, mas carneros se alimentan y sobre todo mas vacas. La abundancia de recoleccion premia, por otro lado, todos los sacrificios que hacen el labrador retraerse del empleo de los abonos; porque cuanto mayor sea la cantidad de abono empleado, tanto mas será el número de productos que se obtengan vegetales y animales.

Tres condiciones son esenciales para obtener estiércol bueno y en gran cantidad: 1º gran cuidado y abundante alimentacion en el ganado; 2º darles cama abundante ó bien pulverizar sus estiércoles, haciendo dormir á los animales sobre tablas ó ladrillos; 3º alimentarlos en establo lo mismo en invierno que en verano. M. de Doumbasle hace observar que con este método se obtienen veinte ó mas carretadas de estiércol en un año por cada cabeza de ganado, y que descuidando el tratamiento, con dificultad se sacaría cuatro carros y de muy mala calidad.

Después de esto, sepamos cómo se ha de tratar el estiércol.

Ante todo debe colocarse el estercolero apartado de las habitaciones, y ponerle en un punto que esté próximo á las cuadras, pocilgas y apriscos para economizar el gasto de transporte cuando se mezclan los estiércoles. Se hará una especie de área, revestida de una capa de arcilla ó argamasa, á fin de que los jugos no se filtren en la tierra. Pratiquese además una ligera inclinacion hacia un lado y al fin de la misma una fosa, revestida tambien de argamasa, para recibir los líquidos procedentes del estiércol. Al rededor del sitio destinado y al mismo pié del estercolero se cavará una pequeña zanja, que reciba dichas aguas y las conduzca á la fosa grande; este dique debe estar resguardado de las aguas de los patios por medio de un muro de seis á siete pulgadas de alto.

Esto es algo costoso, pero sin embargo está recompensado largamente. En seguida se cuida de resguardar los estiércoles con un cobertizo, olmos, álamos, negros, morales, que servirán de recreo á las gallinas, plantados al rededor, á fin de obtener una temperatura regular y uniforme y retardar la desecacion y la evaporacion de las materias que fermentan.

El estercolero no debe ser muy bajo, lo menos debe tener cinco ó seis piés, y que el calorico no llegue en el centro á mas de 28 grados. Para moderar el calor es necesario amontonar el estercolero cuanto sea posible y no removerlo jamás, como es costumbre por desgracia, y rociarlo abundantemente con agua de estanque ó en su defecto con agua pura.

Las aguas de estanque se saturarán con sulfato de hierro, ácido sulfúrico ó yeso en polvo, nada de cal, á fin de que el carbonato amoniacal, que es volátil, se convierta en sulfato, que no lo es.

En las casas de labor de alguna importancia, el estanque tiene una bomba para arrojar sobre el estercolero á voluntad las aguas que se quieren; cuando el estiércol de caballos existe en gran cantidad, debe rociarse con mas abundancia y muy á menudo.

Hablemos ahora de la época en que el abono se ha de emplear, el estado en que éste debe hallarse y la cantidad de estiércol que conviene dar á la tierra segun sus circunstancias.

En cuanto al estado de abono para emplearse, sabido es que las tierras destinadas á dar cosechas que maduran en poco tiempo, reciben mas beneficios con el estiércol en completa descomposicion; como en los prados artificiales, naturales, etc. Al contrario, las tierras vegetales que han de tardar en dar frutos requieren el abono fresco, y por esto los agrónomos aconsejan que se entierren las cosechas verdes.

Por lo que respecta al tiempo mas propicio para emplear el abono, ya desparramándolo, ya estendiéndolo, es difícil de determinar; porque esto depende de las necesidades del arrendatario ó de las condiciones en las cuales el terreno se encuentre; sin embargo, puede el cultivador guiarse por las siguientes condiciones:

1º El tiempo ha de estar seco, á fin de que el suelo esté en estado de recibir y absorber la parte jugosa del estiércol. En los prados se distribuye cubriendo el terreno, y conviene aplicarlo un poco antes de que comience á brotar la vegetation.

Algunos agricultores sostienen que en las tierras secas es preferible echar el estiércol en capa por encima antes del invierno, opinion completamente contraria